

Una estampa a Henry Pease

LUIS GONZALES NORRIS*

Para mí, hablar de Henry de manera póstuma en un par de carillas es algo difícil por las múltiples facetas de nuestra vieja amistad y por la enorme cantidad de sucesos políticos en los que hemos participado durante los últimos años. Desde enero del año 1985, cuando fui convocado por Henry para hacerme cargo de una de las direcciones municipales de la Municipalidad de Lima, gobernada entonces por Izquierda Unida, hasta la formulación del Plan Regional de Desarrollo Concertado de Lima Metropolitana 2012-2025, que le fue encargado a Henry por la Municipalidad de Lima y presentado el año pasado, pasaron casi treinta años de una larga y fructífera amistad.

En la Municipalidad de Lima, bajo la dirección de Henry, que era por entonces teniente alcalde, y con la participación de los concejales miembros de los principales partidos de la izquierda peruana, se impulsó una reorganización municipal que creó la estructura de las Direcciones Municipales y los programas sociales que más tarde fueron asumidos por casi todos los municipios del país. A mí me tocó trabajar en la reconstrucción de la economía municipal, reorganizar la recaudación y cumplir con los compromisos básicos de la corporación, cosa que logramos —siempre bajo la dirección de Henry— en tres o cuatro meses. Fueron años de gran esfuerzo y mucha compenetración política.

Fue en esa gestión municipal de Izquierda Unida cuando Henry demostró la que sería su principal cualidad política: su capacidad de concertar posiciones a veces irreductibles. En este caso, supo ser el eje de la acción de gobierno entre las diferentes tendencias al interior del frente de izquierda, así como en el Pleno del Concejo Municipal. Fui testigo del esfuerzo y de los desvelos que eso le costó, pues no eran pocas las oportunidades en las que la unidad estuvo a punto de explotar por excesos de uno u otro lado.

Fueron años en los que no solo se asentó una propuesta socialista para el gobierno de la enorme ciudad de Lima, sino que además se avanzó en el fortalecimiento de la Izquierda Unida como alternativa política para el país, lo que en mucho se debió al esforzado trabajo de Henry. A pesar de la derrota electoral

* Asesor parlamentario en el Congreso de la República.

en Lima en las elecciones municipales de 1986, el frente de izquierda se convirtió en la segunda fuerza política del país, con 15 senadores, 44 diputados y más del 30% de los municipios que se eligieron en aquel año. Izquierda Unida pasó de un 24,7%, que obtuvo en las elecciones generales del año 1985, a un 30,8%, que obtuvo a nivel nacional en las elecciones municipales del año 1986. Me parece que el éxito de la gestión municipal de Izquierda Unida en Lima fue uno de los factores fundamentales para este crecimiento.

El futuro pintaba de rojo por entonces. Pero, lamentablemente, la que fue la más exitosa experiencia de la izquierda peruana, habría de concluir en corto tiempo por la parcialidad de las organizaciones políticas que la conformaron. Fueron años de gran tribulación para Henry, signados por la muerte de Mary, su esposa, y el desastre político de la desaparición de Izquierda Unida del escenario político nacional.

En la década de 1990, el autogolpe y las tropelías del gobierno fujimontesinista impusieron a Henry la obligación de participar en el CCD y luego en el Parlamento Nacional. Una vez más me convocó para poner el hombro en esta larga campaña, que en un principio pensamos sería breve pero que tomó en realidad ocho años, hasta la huida del autócrata y la caída de su nefasto régimen en noviembre del año 2000. Fueron largas jornadas luchando contra la mayoría abrumadora de congresistas obsecuentes, tráfugas y testafierros del régimen más corrupto de nuestra historia. La denuncia de los crímenes de la Universidad de La Cantuta, de Barrios Altos, la permanente campaña contra el *copamiento* de los poderes públicos como el Poder Judicial, el Ministerio Público, los institutos armados, el Tribunal Constitucional, la Contraloría General de la República, el Jurado Nacional de Elecciones, la RENIEC, la ONPE, etcétera, ocuparon nuestro tiempo. Más de 120 mociones de orden del día denunciando y pidiendo investigaciones parlamentarias, más de un centenar de proyectos de ley y muchas otras acciones fueron emprendidas por Henry, a pesar de las amenazas permanentes y las coronas funerarias que envió a su domicilio el Grupo Colina. Fueron años de gran trabajo y no poco peligro. También fueron años en los que su salud se resquebrajó, lo que no impidió que siguiera trabajando con denuedo. Luego vinieron los años del gobierno de Perú Posible, entre 2001 y 2006. Fueron los últimos que pasó en el Congreso y en los cuales ocupó la Presidencia del Congreso de la República, la Segunda Vicepresidencia y también la Presidencia de la Comisión de Constitución en dos oportunidades.

Son muchas las veces que Henry tuvo comportamientos ejemplares en el manejo del erario público. Para graficarlos, basta una anécdota que ocurrió un viernes en la Municipalidad de Lima, allá por el año 1985. Resulta que el doctor Alfonso Barrantes tuvo que ausentarse del Palacio Municipal para atender una importante reunión política y Henry se vio en la obligación de atender a un embajador que había concertado una cita con antelación. Como ya era mediodía lo invitó a almorzar a un restaurante del centro de Lima. Como correspondía, yo le entregué, en mi calidad de director general de Administración, cargo que desempeñaba por entonces, un viático para que pueda atender esa invitación. El lunes siguiente, a primera hora, Henry me llamó y me entregó la rendición del gasto. Señalando la factura del restaurante, me indicó: «el embajador consumió este y este plato, eso lo paga la Municipalidad, yo he consumido este y este otro, eso lo pago yo» y me entregó el dinero sobrante. A pesar de que yo intenté explicarle que en el presupuesto teníamos una partida para gastos de representación y que en el gobierno municipal anterior se había usado una tarjeta de crédito para atender estas obligaciones, y que él y el alcalde podían hacer lo mismo, Henry no aceptó tales razones. Se limitó a decirme: «Mira, Lucho, nosotros somos y tenemos la obligación de ser diferentes. Nosotros somos socialistas y todos deben darse cuenta de esto».

Efectivamente, Henry fue un político muy diferente a los que hoy en día se ven en la vida pública del país. Nos ha dejado muchas cosas escritas sobre sus pensamientos e ideas sobre la política y las leyes, pero sobre todo nos ha dejado un ejemplo de vida digna y limpia que todos deberíamos seguir.